



BOLETÍN ECLESIAÍSTICO

DEL

Obispado de Astorga.

SUMARIO:—Carta de Su Santidad al pueblo inglés.—Nombramiento de Provisor Vicario General.—Carta de La Bañeza.—Testamentaria de la Marquesa de la Atalaya.—Anuncios.

CARTA APOSTÓLICA DEL SOBERANO PONTIFICE LEÓN XIII

AL PUEBLO INGLÉS.

(Conclusión.)

Hemos sabido con extraordinario gozo la gran atención que Inglaterra presta á la solución de las cuestiones sociales de las que Nos hemos ocupado en nuestras Encíclicas, y al establecimiento de sociedades de socorros mútuos y otras parecidas, las que, fundadas bajo una base legal, tratan de mejorar la condición de las clases laboriosas.

Tenemos conocimiento de que los esfuerzos vigorosos y perseverantes son hechos para dar al pueblo una educación fundada en la enseñanza religiosa, que es la base más sólida de la instrucción de la juventud, sostén de la vida do-

mística y civil; conocemos también el celo y la energía desplegadas por un gran número de hombres que dedican sus trabajos á promulgar las medidas oportunas para reprimir el vicio degradante de la intemperancia.

Sabemos, en fin, que las citadas sociedades se han formado por los jóvenes de clases elevadas para restablecer la pureza de costumbres y mantener el honor que á la mujer se debe.

En efecto, enfrente de la virtud cristiana y de la continencia se extienden sutilmente opiniones perniciosas, como si se creyera que el hombre no está tan obligado á cumplir el precepto como la mujer.

De otro lado, algunos hombres prudentes son impresionados profundamente por la difusión del racionalismo y del materialismo, y Nos mismo con alguna frecuencia hemos hecho sentir nuestra voz para denunciar estos males, que debilitan y paralizan, no solo la Religión, sino que también los mismos resortes del pensamiento y de la acción.

El honor más grande es debido á aquellos que, sin temor y sin descanso, proclaman los derechos de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, así como también las leyes y las enseñanzas dadas por Él para el establecimiento del Reino divino en la tierra.

En estas enseñanzas es donde únicamente se encontrará la fuerza, la moderación y la seguridad. Las diversas y numerosas manifestaciones de interés para los ancianos, los huérfanos, los incurables, y los indigentes, así como los refugios, las casas de reforma y otras obras de caridad, todo lo que la Iglesia, como madre tierna, ha establecido, y desde los primeros tiempos ha recomendado, todo eso prueba de una manera evidente el espíritu que os anima.

No hemos de dejar sin mencionar de una manera especial la estrecha observancia pública al descanso dominical, y el espíritu general de respeto á las Santas Escrituras.

Todos conocen el poderío y los recursos de la nación inglesa, así como también la influencia civilizadora que con la difusión de la libertad, acompaña su prosperidad comercial, hasta en las regiones más lejanas.

Pero cualesquiera que sean la nobleza y la dignidad que entrañan en ellas mismas, estas diversas manifestaciones de actividad, nuestra alma se eleva hasta el origen de todo poder, hasta el eterno manantial de todo bien, *Dios* nuestro *Padre* celeste y bienhechor.

Porque los trabajos del hombre, sean públicos, sean privados, no tendrán completa eficacia si no se acude á Dios en oración, y si no se obtiene bendición divina. «Pero dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor.»

En efecto: el alma del cristiano debe estar en tales disposiciones, que haga descansar su principal esperanza en sus empresas, en el socorro divino, conseguido en la oración, que convierte en sobrenatural todo esfuerzo humano. El deseo del bien, avivado así por un fuego celestial, se manifiesta por acciones vehementes y provechosas.

Por este poder de la oración, Dios no solo acrecienta la dignidad del hombre, sino que con una misericordia infinita, le concede un protector y un apoyo en la necesidad; un protector siempre dispuesto, y que jamás deja de ayudar al que resueltamente acude á Él.

La oración es nuestra arma eficaz, nuestro apoyo, nuestra riqueza, nuestro puerto de refugio, nuestro sitio de seguridad.

Pero si la oración del hombre justo es tan poderosa cerca de Dios, aun cuando se trate sólo de intereses terrestres, ¿cuánto más no ha de serlo á quien está destinado á una vida eterna para obtener los bienes espirituales que Cristo ha procurado á la humanidad por el sacramento de su amor? Porque «Dios se hizo hombre para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra redención». Otra cosa ha hecho Dios: nos ha enseñado, nos ha prometido y cumplido y nos ha dado también el precepto saludable de la oración, y en su gran bondad la confirmó con su ejemplo.

Estas sencillas verdades son conocidas de todos los cristianos; pero muchos las olvidan y no las aprecian en debida forma. Por esta razón, Nós insistimos, sobre todo, en la confianza que debè tenerse en la oración y Nós recordamos las palabras y el ejemplo del paternal amor del mismo Jesucristo, nuestro Señor, palabras que representan la mayor importancia y el mayor valor; palabras que demuestran cuanto en los consejos de Dios la oración es al mismo tiempo que la expresión de nuestra indigencia, de la esperanza asegurada que obtendremos con la fuerza de que tengamos necesidad.

«Yo os digo también: pedid y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá, porque cualquiera que pida recibirá; y quien busca encuentra y á quien llame se le abrirá.»

Y el mismo hijo de Dios nos muestra que para que nuestras plegarias sean aceptas á la divina Majestad, deben ir unidas á su nombre y á sus méritos: «En verdad, en verdad os digo; si pedis algo á mi Padre en mi nombre os lo concederá; hasta ahora nada habéis pedido en mi

nombre: pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea perfecta.» (Juan, XVI, 23-24), y apoya sus palabras en el tierno amor de los padres para con los hijos.

Si pues, dice, vosotros, siendo malos, dáis lo mejor á vuestros hijos, ¡con cuánta más razón vuestro Padre, que está en los cielos, dará el Espíritu Santo á aquellos que se lo piden! (Lucas, XI, 13.)

¡Y cuán abundantes son los bienes contenidos en el Espíritu Santo! El mayor de todos es aquel poder oculto al cual aludía Cristo en estas palabras: «Nadie viene á mí si mi Padre que me ha enviado no le llama.» (Juan, VI, 14)

Es imposible que los hombres apoyados, en esta enseñanza, no se sientan atraídos y aun compelidos á la plegaria. ¡Con cuánta perseverancia no la practicarán y con cuánto fervor teniendo ante la vista el ejemplo del mismo Cristo, quien no teniendo nada que temer por sí, ni teniendo necesidad de nada, por que era Dios, pasaba, no obstante, la noche entera en oración (Lucas VI, 12), y ofrecía sus plegarias y súplicas con grandes exclamaciones y abundantes lágrimas.»

»Obraba de este modo y oraba continuamente al Padre recordando que entonces era Nuestro Maestro, como dice en sus reflexiones el Venerable Beda, gloria de vuestra Nación.» (In. ev. S. Juan, XVII.)

Pero nada demuestra con mayor evidencia y solidez el precepto y ejemplo de Nuestro Señor en lo que concierne á la oración que su último discurso á los apóstoles en aquellos tristes momentos que precedieron á su Pasión, cuando elevando sus ojos al cielo rogaba insistentemente á Dios, su Padre, para que sus discípulos y cuantos le habian seguido se mantuvieran intimamente unidos en la

verdad, á fin de que esta unión fuese en el mundo la prueba convincente de la divina misión que iba á confiarles.

Y sobre este punto, no hay pensamiento más beneficioso para nuestra alma que el de aquella feliz unidad de fe y de voluntad por lo cual rogaba Nuestro Redentor y Maestro en aquella ardiente oración, unidad que, si es siempre útil hasta para los intereses temporales, dentro de la patria ó del extranjero, es ahora más que nunca necesaria, como lo muestran las divisiones y confusiones que reinan en los actuales momentos.

Por Nuestra parte, atendiendo á las señales de los tiempos, á fin de sacar de estas enseñanzas é inspiraciones para lo porvenir, animados como estamos á obrar así, por el ejemplo de Cristo y por deber de Nuestro cargo apostólico, Nos no hemos cesado de rogar y rogamos aún humildemente para el retorno de las Naciones cristianas, separadas ahora de nosotros, á la unidad de los primeros tiempos.

Nos, hemos más de una vez en estos últimos años manifestado este mismo deseo, y prestado Nuestros cuidados para su realización. No puede estar lejano el día en que Nos comparezcamos ante Dios para dar cuenta de Nuestra administración al Príncipe de los Pastores, ¡y cuán feliz seríamos Nos si pudiésemos ofrecerle algún fruto, la realización, al menos en parte, de estos deseos que Él nos ha inspirado y que Él ha alimentado en Nuestra alma!

En estos días, Nuestros pensamientos se vuelven con amor y con esperanza hacia el pueblo inglés. Nos observamos las numerosas obras que manifiestamente cumple en su seno la divina gracia. Nos vemos como para unos las numerosas disensiones religiosas que dividen esa Nación,

es motivo de profundo dolor; como otros perciben claramente la necesidad de un apoyo firme contra la invasión de los errores modernos, que concuerdan sólo con las inclinaciones de la naturaleza caída y de la razón extraviada; y cómo aumenta el número de los hombres religiosos y prudentes que trabajan sinceramente en la reunión con la Iglesia Católica.

Apenas podemos expresar cuanto estas señales y otras reaniman en Nos el amor hacia Cristo. Redoblando Nuestras plegarias, Nos pedimos del fondo de nuestra alma se conceda una medida más abundante de la divina gracia, que recibida en espíritus también dispuestos, produzca el fruto que con tanto ardor anhelamos, á saber: «que lleguemos todos á la unidad de una misma fe y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios (Eph. IV, 13), trabajando con esmero en conservar la unidad de un mismo espíritu por los lazos de la paz, como hemos sido llamados á la misma esperanza «no hay más que un Señor, una fe y un bautismo» (H., 3, 5.)

Con profundo afecto Nos dirijimos, por tanto, á vosotros todos los que os encontráis en Inglaterra, cualquiera que sea la comunidad ó la institución á que pertenezcáis, suplicándoos, si queréis asegurar vuestra salvación eterna, de ofrecer á Dios una humilde y continua oración. A nuestro Padre Celestial, dispensador de toda luz, quien en su misericordia, nos conduce hacia lo bueno y lo justo. No dejéis de implorar la luz para conocer la verdad en toda su plenitud, y para penetrar fielmente en las vías de su misericordia, invocando el nombre glorioso y los méritos de Jesucristo, que es «el autor y el consumidor de nuestra fe. (Hebr. XII, 2), que amó á la Iglesia hasta el punto de en-

tregarse por Ella, para santificarla y darse así mismo una Iglesia llena de gloria.» (Eph. V. 25, 27.)

Podrán sobrevenir dificultades que Nos hayamos de afrontar, pero no son de tal naturaleza que detengan nuestro celo apostólico ni que pongan obstáculo á nuestra energía. Sin duda los numerosos cambios que se han sucedido y el tiempo mismo han hecho que las divisiones existentes dejen profundas raíces. ¿Pero es esta una razón para abandonar toda esperanza de remedio, de reconciliación y de paz? De ningún modo, si Dios está con Nós. En efecto, Nos no debemos juzgar de tan grandes resultados colocándolos solamente en un punto de vista humano, sino que debemos considerar más bien el poder y la misericordia de Dios. En las empresas grandes y penosas, dado que se ponga en ellas una voluntad ardiente y recta, Dios obra al lado del hombre, y precisamente cuando hay esas dificultades la acción de la Providencia brilla con el mayor esplendor. Trece siglos próximamente se han cumplido desde que la raza inglesa acogió á esos hombres apostólicos enviados de Roma, según hemos dicho, y rechazó el paganismo consagrando las primicias de su fe en Jesucristo Nuestro Señor y Nuestro Dios. Ese suceso estimula nuestra esperanza. Es en efecto, un acontecimiento digno de ser recordado con reconocimiento.

Esa circunstancia es de índole de engendrar en todos los espíritus reflexivos el recuerdo de la fe predicada entonces á nuestros antepasados, la misma que es predicada ahora: «Jesucristo era ayer, es hoy y será el mismo en todos los siglos. (Hebr. XIII, 8); «es Él también quien con mucha oportunidad os exhorta, como nos exhorta a todos á recordar á esos primeros pastores que os han predicado la

palabra de Dios, y considerando el fin de su vida, imitan su fe.» (Hebr. 7.)

Por tales circunstancias, Nos llamamos desde luego á nuestra ayuda, como aliados Nuestros, á los católicos de Inglaterra, cuya fe y piedad conocemos.

No se puede dudar que, apreciando exactamente el valor y los efectos de la santa oración cuya eficacia hemos mostrado se esforzarán por todos los medios á ayudar á sus compatriotas y á sus hermanos, invocando en su favor la divina clemencia. Orar para uno, es una necesidad. Orar para los demás, es una inspiración de amor fraternal, y es evidente que esta última oración obtendrá á los ojos de Dios mayor favor que la que es dictada por la necesidad. Los primeros cristianos adoptaron sin duda esta práctica. En particular en lo que concierne al don de la fe, los primeros siglos nos ofrecen un ejemplo conmovedor, Había la costumbre de orar á Dios con ardor, para que los parientes, los amigos, los gobernantes y los compatriotas obtengan el beneficio de la sumisión á la fe cristiana.» (San Agustín.) (*De don per.*, XXIII, 63.)

Sobre este punto existe otra cuestión que nos causa inquietud. Hemos sabido que en Inglaterra existen hombres que, siendo católicos de nombre, no se muestran tales en la práctica; que en nuestras grandes ciudades muchas gentes no conocen los elementos de la fé cristiana ni oran jamas á Dios y viven en la ignorancia de su justicia y de su misericordia. Nos debemos rogar á Dios, y rogarle más ardientemente aún en esta triste situación, puesto que Él solo es capaz de traer un remedio.

Mientras que Nos insistimos tan vivamente cerca de nuestros amigos sobre el deber de la oración, Nos deseamos

al propio tiempo advertirles que no deben omitir nada en lo que toca á la gracia y á los frutos de esa oración, y que deben tener siempre presente al espíritu el precepto del apóstol Pablo á los corintios: «No dar ninguna ocasión de escándalo ni á los judíos, ni á los gentiles, ni á la Iglesia de Dios» (1.º á los corintios, X, 32.)

Además de las disposiciones exteriores del alma, que son necesarias para ofrecer, como es preciso, la oración á Dios, importa también que los actos y las palabras de los que oran sean conformes con la profesión cristiana. Las primeras y más importantes condiciones son la observancia ejemplar de la rectitud y de la justicia, de la piedad hacia los pobres, de la penitencia, de la paz y de la concordia en nuestras propias casas y del respeto á las leyes, y esto dará fuerza y eficacia á nuestras oraciones. La misericordia divina es favorable á las demandas de los que con toda justicia cumplen los preceptos de Cristo, según la promesa: «Si estáis conmigo, y si mis palabras permanecen en vosotros, pediréis todo lo que queráis, y os será concedido.»

Así, Nos, os exhortamos á que, uniendo vuestra oración á la Nuestra, deseéis vivamente ver que Dios os concede acoger á nuestros compatriotas y á nuestros hermanos con los lazos de la perfecta caridad. Por otra parte, es provechoso implorar los auxilios de los Santos de Dios. La eficacia de sus oraciones, sobre todo tratándose de esa causa, surge de esta conmovedora observación de San Agustín, á propósito de San Esteban: «Si no hubiera orado la Iglesia, no hubiera tenido un San Pablo.»

Así Nos invocamos humildemente á S. Gregorio, que los ingleses han honrado siempre como apóstol de su Nación; San Agustín su discípulo y mensajero; todos los de-

más santos de Dios, cuyas relevantes virtudes y cuyas no menos memorables acciones han valido á Inglaterra el nombre de la «Isla de los Santos». San Pedro y San Jorge sus patronos especiales, y sobre todo la Santa Madre de Dios, que Cristo mismo desde lo alto de la Cruz designó para ser Madre del género humano, y á la cual fué consagrado vuestro Reino por nuestros antepasados con este glorioso título: «La dote de María.»

A todos, Nos los invocamos con plena confianza, les pedimos sean Nuestros abogados ante el trono de Dios, de suerte que renovando vuestra gloria de épocas antiguas, os pueda colmar de paz y de gozo en vuestra fé, á fin de que vuestra esperanza crezca cada vez más por obra del Espíritu Santo (Rom. XV, 13.)

Es preciso tener cuidado de que las oraciones en pró de la unidad instituidas ya entre vosotros católicos, y fijadas para ciertos días, se hagan más populares y revistan cada vez mayor devoción.

En particular, el piadoso ejercicio del Santo Rosario, que Nos mismo hemos recomendado tan vivamente, sea entre vosotros honrado, pues esa plegaria encierra, por decirlo así, una suma abreviada de la doctrina del Evangelio y ha sido siempre beneficiosa para la masa del pueblo.

Por otra parte, Nos place, por nuestra propia voluntad, añadir una nueva indulgencia á las que se han concedido de tiempo en tiempo por Nuestros predecesores. Nos concedemos, pues, á todos los que recitaren piadosamente la oración que va unida á esta Carta, cualquiera que sea la Nación á que pertenezcan, una indulgencia de trescientos días, y además una indulgencia plenaria una vez al mes,

mediante la observancia de las condiciones ordinarias á todos los que las recitaren cuotidianamente.

En fin, que el poder de la divina oración de Cristo mismo en favor de la unidad llena plenamente Nuestros deseos. Esta oración que, celebrando hoy el recuerdo de su resurrección santa, repetimos con la más viva confianza, es la siguiente: «Padre Santo, conservad en nuestro nombre á aquellos que vos me habéis dado, á fin de que sean una sola cosa, como Nos somos uno... Santificadlos en la verdad. Vuestra palabra es verdad .. Yo no oro solamente por ellos, sino también por los que deben creer en mí con su palabra, á fin de que sean una sola cosa, como Vos, Padre mío, sois en mí y yo en Vos, que sean al propio tiempo una sola cosa en Nos... Yo soy en ellos y Vos sois en mí, á fin de que sean consumados en la unidad, y de que el mundo conozca que Vos me habéis enviado y que Vos los habéis amado como Vos me habéis amado.» (San Juan, XVII. 11, 14, 20, 21, 22.)

Terminando, Nos deseamos todas las bendiciones de Dios para todo el pueblo de la gran Bretaña, y desde el fondo de Nuestro corazón Nos oramos para que los que buscan el reino de Cristo y la salvación en la unidad de la fe puedan ver la plena realización de sus deseos.

Dado en Roma en San Pedro 14 de Abril de 1895, año XVIII de Nuestro Pontificado.

LEÓN PP. XIII.

A la bienaventurada Virgen—Oración por Inglaterra.

«Oh bienaventurada Virgen María, Madre de Dios y bondadosísima Madre y Reina Nuestra, dirigid una mirada de misericordia sobre Inglaterra, vuestra «dote», y sobre todos los que tienen en Vos una gran esperanza y.

una confianza grande. Por Vos Jesús nuestro Salvador y nuestra esperanza vino al mundo y nos dió á Vos para que nuestra esperanza sea más viva aún.

Rogad por Vuestros hijos por los que Vos habéis aceptado y recibido como tales al pié de la Cruz. ¡Oh Madre llena de dolores, interceded para que nuestros hermanos separados se unan con nosotros al supremo Pastor y Vicario de vuestro Hijo.

Rogad, Madre amada, por todos nosotros para que por una fe fecunda en buenas obras, merezcan todos ver y alabar á Dios con Vos en vuestra morada celestial.

S. S. Ilma. habiendo quedado sumamente reconocido al M. I. Sr. Chantre de esta S. I. Catedral por los servicios prestados en el cargo de Provisor Vicario General que interinamente le había confiado, se ha servido nombrar definitivamente para el mismo con fecha 10 del corriente al Sr. D. Enrique Suárez Castillo, párroco de Porriño, Dr. en Sagrada Teología y Lic. en Derecho canónico.—Reciba el agraciado nuestra más cordial enhorabuena.

Insertamos á continuación la siguiente carta que nos escriben de La Bañeza, reseñando las fiestas que allí tuvieron lugar con motivo de la inauguración de las obras del Hospital y de la ida de nuestro Ilmo. Prelado á dicha ciudad.

Sr. D. Ramón Fernández Suárez.

MI RESPETABLE SR.: Ya sabe V. que el día 29 del próximo pasado Abril, nuestro Ilmo. Prelado tuvo á bien venir á esta ciudad invitado por la Junta Directiva del Hospital de la misma, con el fin de bendecir y colocar la primera piedra del nuevo edificio, que á expensas de la caridad, se proyecta construir para mejorar dicho santo Hospital, dotándole de un local amplio é higiénico y de Hermanas de la Caridad, que al par que asistan á los en-

fermos, proporcionen educación religiosa á las niñas pobres y no pobres de esta localidad.

El día 28 salió de aquí una comisión de la precitada Junta á buscar al Sr. Obispo con dos carruajes, cuya comisión pernoctó en Astorga, saliendo acompañando á S. S. I. en unión del canónigo bañezano, Sr. Rubio, y del Administrador de Capellanías Sr. Fernández de Cabo, para llegar como llegaron á La Bañeza á las diez de la mañana. En tanto, se formaban en la parroquial de Santa María las comisiones oficiales compuestas del venerable Clero, Ayuntamiento, demás autoridades civiles y militares, representaciones de las 34 cofradías que aquí existen, todas con sus pendones é insignias, siendo de notar la asistencia de la sociedad benéfica «La Caridad,» y la asociación de Hijas de María, y la de señoras devotas de nuestra Señora del Cármen, las cuales con su escapulario al pecho iban en fila dando mayor realce á aquella espontánea manifestación de afecto y cariño.

Puesta en marcha la ordenada comitiva, seguida de la banda municipal y de un numeroso público, salió hasta las afueras de la población, en donde esperó, bien poco la llegada de S. S. I., quien al apearse de su carruaje recibió inequívocas muestras del respeto, admiración, gratitud y cariño que inspira á estos católicos habitantes.

Cambió de traje el Sr. Obispo, y rodeado de las autoridades se puso en marcha procesionalmente en dirección á la iglesia de Santa María. Inmenso gentío le seguía y precedía con el mayor orden, con el más profundo respeto; presenciando el desfile desde los balcones, todos con colgaduras, la mayoría del vecindario ansioso de conocer á su virtuoso Pastor.

Ya en la Iglesia nuestro Prelado, después de orar breve rato, subió á la Sagrada Cátedra, y pronunció, con el tema *pax vobis*, un sermón elocuentísimo, en el que, al par que saludó á la ciudad, y á todos los católicos habitantes de ella: á la vez que dió gracias por el recibimiento entusiasta y cariñoso que acababan de hacerle, expuso en párrafos de sublime oratoria, las doctrinas más santas y hermosas de nuestra religión: explicó las palabras de nuestro Señor Jesucristo, declarando que la paz á que se refería nuestro Redentor Divino, era la paz propia, la paz interna, la paz del hombre consigo mismo: era la paz con nuestros hermanos, la paz con nuestros semejantes, la paz con el prójimo: era por último la paz con Dios nuestro Señor, la paz con el Hacedor Supremo. El discurso de S. S. I., fué, en fin, escuchado con verdadero arrobamiento por el numerosísimo auditorio que llenaba el templo.

He oído declarar así al pobre como al rico, al modesto industrial, como al perito en letras, que si hubiera estado S. S. I. dos horas más predicando, dos horas más habría tenido al público pendiente de sus labios. Y cuando puso por mediadora de todos nuestros actos á la Santísima Virgen, recordando la despedida que á él le hiciera su buena madre encomendándole á la madre celestial; y cuando exhortaba al pobre á soportar con paciencia y con humildad las privaciones y miserias de esta vida, recordando y afirmando que no son felices, ni dichosos aun en lo humano, aquellos que lo aparecen; cuando comparaba á estos con las cornisas y los salientes y los adornos de un palacio y á aquellos con la piedra angular que les sirve de base: cuando hacía, en fin, otras consideraciones no

menos sentidas y se valía de imágenes de una belleza sublime y arrebatadora, para demostrar las eternas verdades, vi muchos ojos, no ya femeninos, sino de templados varones, asomando lágrimas de júbilo, de entusiasmo y de admiración, arrobados por la gratisima intima é incomparable impresión que produce siempre la mayor de las bellezas.

Incontinenti se puso en marcha la comitiva en dirección del Hospital, á verificar la ceremonia de bendecir y colocar la primera piedra. Allí fué S. S. I. recibido por la cofradía de la Vera-Cruz, compuesta de personas piadosas que han tomado sobre sus hombros la noble tarea de proporcionar á los pobres alivio y á la ciudad enseñanza.

En el solar en que pronto, Dios mediante, se alzará el edificio de Hospital y Escuelas, se había levantado un modesto dosel en el que se colocó S. S. I. rodeado de los elementos oficiales. La población entera que había salido á recibir al Sr. Obispo, se trasladó á aquel sitio. Á poco de llegar, y en medio de un religioso silencio rarísima vez visto en actos á que asiste tan numeroso concurso, comenzó á hablar el Sr. Fernández Núñez, Juez de la Cofradía quien saludó al Prelado, dándole la bienvenida y las más expresivas gracias por haber contribuído con su presencia á solemnizar este acto que dejará gratos é imperecederos recuerdos en esta nueva ciudad. Habló enseguida de las excelencias de la caridad, como reina de las demás virtudes, y que inspirados en ella, los hermanos de la cofradía del Hospital acometían la noble empresa de reconstruir el edificio, con el propósito de establecer en él una comunidad de Religiosas que á la vez que la asistencia de los pobres enfermos, cuidasen también de la instrucción y

educación moral de las niñas de la localidad. Con el cetro de la Cruz en la mano terminó manifestando en un elocuente período que la caridad había nacido á la sombra de la Cruz, que la Cruz había sido, es y será el estandarte glorioso de las más nobles y elevadas empresas, produciendo sus palabras agradable impresión en los ánimos de los concurrentes.

El canónigo Sr. Rubio pronunció algunas sentidas frases, congratulándose como hijo de la localidad, de que en ella se celebrasen fiestas como aquella, fiestas de la caridad y de la religión, que enaltecen á la población misma, á las dignas autoridades que las presiden y á la Cofradía de la Vera-Cruz que las organiza y dispone, y en especial á su buen amigo y compariante Sr. Fernández Núñez, á quien felicitó cordialísimamente; y dió, por último, las gracias al Sr. Obispo por haberse dignado patrocinar y bendecir tan buena obra, asistiendo á su inauguración.

Contestó el Sr. Obispo en un discurso improvisado, haciendo la apología de la virtud de la caridad, recordando elocuentísimamente que es una virtud cristiana, á cuyo amparo y por cuyo inefable poder, se han realizado las más grandes empresas por tantos y tantos santos y varones ilustres que imitando á Nuestro Señor Jesucristo, crearon instituciones de enseñanza y de beneficencia espiritual, muy distantes de la filantropía pagana.

Trajo á su memoria al gran escritor, al hombre virtuoso y caritativo, al fundador de la Academia Española, al ilustrado sacerdote, al confesor del celeberrimo Cardenal Portocarrero, al historiador insigne, al teólogo, al poeta, al moralista, á Juan de Ferreras, en fin, hijo

ilustre de la naciente ciudad de La Bañeza; y presentándolo como modelo á todos, exhortónos á que continuemos la senda emprendida; alabó y aplaudió el espíritu religioso y cristiano de esta población: elogió el celo, trabajo y desinterés de la Cofradía de la Vera-Cruz en favor de los pobres y de la enseñanza, alentándola á que siga por el camino emprendido, y manifestó que si bien es cierto que sobre un pobre Prelado pesan muchas atenciones, él contribuiría en la medida de sus fuerzas á llevar adelante esta obra de Dios y de sus pobres.

Acto continuo, el secretario D. Ernesto Fernández, leyó el acta que habia de ser encerrada en la caja contenida en la primera piedra; cuya acta es un bien escrito documento, de correctísimo castellano é inspirada en el espíritu católico más ferviente: y luego de firmada y encerrada en la caja, S. S. Ilustrísima tomóla con una cinta y se trasladó al cimiento, en donde la colocó después de las preces de rúbrica, cubriéndola con la primera piedra, la cual sujetó con cal hidráulica cogiéndola con una paleta destinada al efecto: y en el propio orden trasladóse la comitiva hasta la casa del Sr. Cura del Salvador, residencia del Prelado.

Este, á pesar de tan ruda faena y de la molestia del hermoso sol que adornó la fiesta, dedicó la tarde á administrar el Santo Sacramento de la Confirmación á los niños de la población, terminando cerca de las ocho de la noche: y al día siguiente dedicólo igualmente á confirmar á los niños de las aldeas comarcanas. La noche del 29, recibió S. S. Ilma. la visita de las Autoridades y Corporaciones y personas principales de la localidad, y como terminase á las siete de la tarde del martes de con-

firmar á todos los que se presentaron, pudo salir á visitar las Iglesias y Ermitas de la Ciudad, comenzando por el Hospital. Al notar en la de las Angustias que le habían acompañado muchos niños que allí permanecían con él, se volvió y les dijo. «Hijos míos, ya que veo que me seguís, voy á deciros cuatro palabras:

¡Qué encantadora sencillez! ¡Qué dulce expresión de los sentimientos del alma, al explicar á los niños las santas verdades! Parecía que escuchábamos al Divino Maestro cuando oíamos exhortar á los niños á la humildad y á la obediencia; explicarles los mandamientos de la Ley de Dios, darles somera idea de los dolores de María, de aquella angustiada Madre, cuya imágen bendita tenían presente, y cuyos padecimientos aumentaremos con nuestros pecados.

Se hizo de noche; regresamos á casa, esperando el nuevo día en el que el sabio Prelado había prometido al Sr. Fernández Núñez, que se lo pidiera en nombre de toda la población, predicar nuevamente en el momento oportuno de una misa que se diría á hora acomodada.

Y en efecto, á las 9 y media en punto comenzó la misa con asistencia, cantada por el canónigo Sr. Rubio; y después del Santo Evangelio subió el Sr. Obispo á la Cátedra Sagrada. Y aquel mismo que el lunes había predicado una hora en la Iglesia, cerca de media en el solar del Hospital, y confirmado luego por espacio de cuatro durante la tarde, y recibido más de sesenta visitas durante la noche, oyendo al mismo tiempo la serenata con que le obsequiara el Ayuntamiento: el mismo que el martes dijera la misa á las seis de la mañana y oyera otra, y comenzare á confirmar á las 8 para terminar á la una,

para continuar á las cuatro y terminar á las 7 y media, predicando en la Angustia; el mismo que el citado martes se sintiera enfermo y rendido aunque sin decirlo, siendo preciso que se lo conociéramos para obligarle á descansar breve rato; pronunció un discurso el miércoles de hora y media de duración, que fué un modelo de oratoria grandilocuente y cristiana.

La caridad, esa virtud que Jesús impregnó en el corazón humano, ordenando que amemos á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos: la necesidad de que la caridad sea viva, como la fe: ayudada por las obras: la educación cristiana: la enseñanza católica: la práctica de las obras piadosas: la prudente frecuencia de los Santos Sacramentos: tales fueron los temas desarrollados en aquella oración sagrada, modelo de oratoria, tesoro inapreciable de doctrina, fuente de bien y solo comparable á la misma doctrina evangélica por su belleza grandilocuente y admirable.

El Sr. Obispo de Astorga es uno de nuestros primeros oradores, quizá el primero entre los primeros; pero al par que asombra por su elocuencia, cautiva y encanta por su sencillez y humildad, sin afectación! Modestia suma que realza más y más la grandeza de su superior espíritu.

Luego se despidió de todos S. S. Ilma. hizo brotar lágrimas de todos los corazones, sintiendo que no fuera más larga su permanencia entre nosotros.

A las cuatro de la tarde partió para la capital de la Diócesis, acompañado de los propios sacerdotes que vinieron con él, y de una comisión más numerosa de la Cofradía de la Cruz. Sin previo aviso, y solo por las noticias que corrieron de boca en boca, se dió cita la

mitad de la población á despedir á S. Ilma., no pudo montar en el coche á la puerta de su casa, viéndose precisado á verificarlo en las afueras de la ciudad. Le acompañaron las autoridades y el público, hasta el extremo de que era imposible dar un paso en la calle de Astorga. Fué victoreado S. Ilma. con entusiasmo y respeto: bendijo y dió las gracias á todos y partieron los coches, dejando recuerdo consolador y cariñoso en el alma de los Bañezanos.

La Bañeza no ha presenciado jamás acto tan solemne como el que el Sr. Obispo vino á bendecir: La Bañeza no ha recibido jamás á su Prelado con el entusiasmo que al P. Vicente, y estoy seguro que no ha despedido á ninguno que deje más prendados á los Bañezanos, no solo por su superior saber, elocuencia envidiable, y humildad cristiana, sino por las especiales dotes personales que le adornan y que hacen que estos habitantes guarden eterna memoria de este sapientísimo Prelado y de su primera visita á la Ciudad de Juan de Ferreras.

La Bañeza, 8 de Mayo de 1895.

VERÍDICUS.

TESTAMENTARÍA DE LA SRA. MARQUESA DE LA ATALAYA.

Relación de las cantidades concedidas para reparación de templos de la Diócesis de Astorga.

PARROQUIAS.

	<u>Pesetas. Cents.</u>
San Clodio de Rivas del Sil.	1.000
San Mamed de Viana.	750
Rubiales.	500
San Juan de Seoane.	75

Santa María de Meigid	300
Santa María de Puente.	100
San Juan de Celavente.	75
Santa María de La Malonga.	500
San Román de Chautoiro.	1.000
San Donato de Villaseco.	500
San Juan de Barrio.	3.000
San Mamed de Trives.	1.500
Santa María de Cesures.	300
Santa María de Meda.	1.000
<i>Suma total.</i>	<u>10.600</u>

Madrid, 1.º de Mayo de 1895.

P. P., *Vicente Sanchez Serrano.*

RECAPITULACIÓN POR DIÓCESIS.

	<u>Pesetas.</u>	<u>Cánts.</u>
Lugo	56.250	
Tuy.	32.175	
Astorga.	10.600	
Santiago.	2.500	
Orense.	725	
<i>Total pesetas.</i>	<u>102.000</u>	

Están pendientes de resolución los siguientes expedientes:

- Lugo.—San Miguel de Villademoros.
- » —Santa María de Marrube.
- » —San Fiz de Rozas.
- Astorga.—Santa María de Puente.
- » —San Salvador de Otar de Pregos.
- » —Freigido y S. Pedro los Nabos.
- » —Coba.
- Santiago.—Santa María de Camino.
- » —San Clemente de Pazos.
- Tuy.—San Mamed de Guillarey.

ANUNCIO.

REGINA ANGELORUM

Ora pro nobis, Música religiosa de fácil ejecución del Reverendo Padre Guzmán, Monje Benedictino, Maestro que fué de la Catedral Basílica de Valencia, y actualmente de la Escolanía de Montserrat.

PRIMERA COLECCIÓN.

	<u>Ptas.</u>
1 Misa, á 3 voces y coro, dedicada al Patriarca S. José.	5
2 Misa, á 3 voces y coro, dedicada á Nuestra Señora de Covadonga.	7
3 Misa de Requiem, á 3 voces y coro.	7'50
4 Libera me, Domine, á 3 voces y coro unisonal.	1'50
5 Panis Angelicus, á solo de tiple ó tenor y coro unisonal.	1
6 Jesu dulcis memoria, á 3 voces.	1
7 Timebunt gentes, á solo de bajo y coro unisonal.	1'50
8 Ave María, á solo de tiple ó tenor y coro unisonal.	1
9 Beata es, Virgo Maria, á 3 voces.	1'50
10 Tota Pulchra es, Maria, á solo de tenor y coro.	2
11 Letrillas populares para misiones, números 1 y 2; y tres Trisagios á la Sma. Trinidad á 2 y 3 voces.	3
12 Trisagio Mariano y Salve, á 3 voces.	3
13 Miserere, á varias voces, para Semana Santa.	10

SEGUNDA COLECCIÓN.

14 Misa, á 3 voces y coro, dedicada á Nuestra Señora de los Desamparados.	10
15 Misa, á 3 voces y coro, dedicada al Beato Juan de Ribera.	5
16 Misa de Requiem, á 4 voces y coro.	12'50
17 Libera me, Domine, á 4 voces y coro.	4
18 Credidi, á 4 voces y coro, alternando con el coro.	2
19 Sit nomen Domini benedictum, á solo de tiple y coro.	1
20 Panis Angelicus, á 3 voces.	1
21 Ave Maria, terceto de triples ó tenores y coro.	5
22 Veni, sponsa Christi, á solo de tiple ó tenor y coro.	2
23 Trisagio Mariano y Salve, á 3 voces y coro.	2'50

NOTAS.

1.° Estas composiciones pueden obtenerse coleccionadas ó por números sueltos.

2.º Los precios marcados para cada pieza son fijos, más si se desea adquirir alguna de las colecciones, se hará una rebaja convencional, para lo cual se han de entender directamente con el autor.

3.º No se servirá ningún pedido cuyo importe no se haya recibido.

4.º El pago podrá efectuarse por medio de libranzas del Giro Mútuo, ó letras de fácil cobro.

PUNTOS DE VENTA.

BARCELONA.—Rvdo. Padre Guzmán.—*Monasterio de Montserrat.*

» —Sr. D. Manuel Salvat, Editor de Música—*Pasaje de Bocardí.*

VALENCIA.—Administración de la Biblioteca Sacro-Musical.—*Calle Baja, núm. 20.*

MAG. LUYSII LEGIONENSIS

Augustiniani divinorum librorum primi apud salmanticenses interpretis Opera Latina, nunc primum ex mss. ejusdem omnibus PP. Augustiniensium studio edita.

SEPTEM VOLUM. COMPREHNSA,

Por primera vez aparecen coleccionadas las obras latinas de Fr. Luís de León, al cabo de tantos años en que se venía suspirando esa edición, y después de fracasar tantos empeños de hombres ilustres que lo intentaron, según se expresa en su prólogo.

Ponderar el mérito de estas obras, sería casi obscurecer el preclaro nombre de su autor, el maestro venerado de Suárez, amigo de Arias Montano y Grajal, rival de Medina y León de Castro, gloria antonomástica de la Universidad de Salamanca.

Escritos salen ahora que ilustran la historia teológica de España, pues están tomados de manuscritos del Vaticano, á donde debieron de llevarse entre varias obras de los teólogos salmantinos que sostuvieron las disputas sobre la gracia y predestinación, para dar margen á las famosas Congregaciones de Auxiliis. Véanse los prefacios de dichos tratados.

Pídanse á la Imprenta de Calatrava, Salamanca: ó á las librerías católicas de Madrid. Seis pesetas cada tomo.

ASTORGA:—Imp. y Lib. de la Viuda é Hijo de López, Rua, 5 y 7.